



John D. MacDonald

Adiós en azul

Traducción de Mauricio Bach



El detective Travis McGee vive en el *Busted Flush*, un yate que ganó en una partida de póquer y que tiene amarrado en Lauderdale, Florida. No quiere ni oír hablar de tarjetas de crédito, planes de jubilación, partidos políticos, hipotecas ni televisión. Solo trabaja cuando no tiene dinero y lo que pide a cambio de su ayuda es sencillo: recuperará lo que te han quitado siempre y cuando pueda quedarse con la mitad.

Aunque McGee no va mal de dinero, es incapaz de negarle su ayuda a Cathy, una dulce chica que ha sido maltratada por su exnovio, el taimado Junior Allen. Lo que Travis no imagina es a cuántas mujeres ha hecho trizas antes. Su última víctima, Lois Atkinson, casi no puede levantarse de la cama cuando Travis la encuentra. Dar caza a Junior Allen no será una tarea fácil. Ni limpia.

Considerado unánimemente como uno de los escritores norteamericanos de novela negra más importantes del pasado siglo, John D. MacDonald alcanzó el éxito con la serie de novelas protagonizadas por Travis McGee, un caballero andante moderno, que se convertiría en su creación más atemporal. «Adiós en azul» es la primera de esas novelas.

*Para Knox Burger,
el primer editor de McGee*

Travis McGee 1

UNO^[1]

Iba a ser una velada tranquila y hogareña.

El hogar es el *Busted Flush*, una casa flotante tipo gabarra de dieciséis metros de eslora, amarre F-18, Bahía Mar, Lauderdale.

En el hogar es donde encuentro intimidad. Corres todas las cortinas opacas, cierras las escotillas y con el susurrante zumbido del aire acondicionado amortiguando todos los ruidos del mundo exterior, consigues olvidarte de que tienes pegados a los de la embarcación vecina. Podrías estar en un cohete viajando más allá de Venus o bajo el casquete polar.

A bordo dispongo de un espacio que llamo el salón y allí es donde paso la mayor parte del tiempo.

Estaba tumbado en el ángulo en curva del sofá esquine-ro, estudiando las cartas náuticas de los cayos, intentando reunir el entusiasmo y la energía suficientes para planificar el traslado del *Busted Flush* a un nuevo amarre durante algún tiempo. El barco lleva un par de motores diésel Hércules de 58 caballos cada uno, que me permitirían mantener una velocidad media de seis nudos. Nunca se me había pasado por la cabeza trasladarlo. Me gusta Lauderdale. Pero desde hace algún tiempo le doy vueltas a la conveniencia de hacerlo.

Chookie McCall estaba ensayando una alocada coreografía. Venía porque aquí disponía de intimidad y espacio

suficientes. Había apartado los muebles y había colocado estratégicamente un par de espejos del camarote principal y su pequeño pero estruendoso metrónomo. Llevaba unas viejas y descoloridas mallas color teja, zurcidas en un par de sitios con hilo negro. Y el cabello recogido con un pañuelo.

La chica estaba trabajando duro. Repetía los pasos una y otra vez, retocando algún pequeño detalle en cada nuevo ensayo, y cuando quedaba satisfecha, se acercaba a toda prisa a la mesa y escribía unas notas en las hojas de su sujetapapeles.

Las bailarinas trabajan tan duro como lo hacían los mineros. Chookie saltaba, resoplaba y contoneaba su espléndido y perfectamente proporcionado cuerpo. Pese al aire acondicionado, el salón se había llenado de ese tenue olor penetrante y dulzón que emiten las chicas cuando sudan mucho. Para mí tenerla allí era una distracción bienvenida. Bajo la luz del salón, la película de sudor resplandecía sobre sus largas y torneadas extremidades.

—¡Maldita sea! —dijo, mientras repasaba sus anotaciones con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Nada que no pueda arreglar. Tengo que visualizar de manera muy clara dónde se va a colocar cada bailarina, o acabarán dándose patadas en la cara unas a otras. A veces me armo un lío.

Garabateó algunas anotaciones más. Yo seguí consultando la profundidad de la marea baja en las zonas menos profundas al noroeste de los cayos exteriores. Ella continuó trabajando duro otros diez minutos, tomó sus notas y se apoyó contra el borde de la mesa, con la respiración acelerada.

—Trav, cariño...

—¿Sí?

—¿Me tomabas el pelo aquella vez que hablamos sobre... sobre cómo te ganas la vida?

—¿Qué te conté?

—Sonaba muy raro, pero supongo que te creí. Me dijiste que si X tenía algo valioso y aparecía Y y se lo quitaba, y no había ni la más remota posibilidad de que X pudiera recuperarlo, entonces aparecías tú y acordabas con X que si lograbas recuperarlo te quedabas con la mitad. Y entonces... vivías de lo que habías ganado hasta que se te empezaban a agotar esos fondos. ¿Es esto lo que realmente haces?

—Es una simplificación, Chook, pero razonablemente cercana a la realidad.

—¿No te metes en demasiados líos?

—A veces sí, a veces no. Normalmente Y no está en situación de armar mucho jaleo. Como soy una especie de último recurso, mi tarifa es del cincuenta por ciento. Para X resulta mucho más interesante que quedarse sin nada.

—Y siempre con discreción.

—Chook, no voy por ahí con tarjetas de visita. ¿Qué pondría en ellas? ¿Travis McGee, cobrador?

—Pero por el amor de Dios, Trav, ¿cuántos trabajos de este tipo puedes encontrar por ahí cuando empiezas a estar tan apurado que necesitas pasta?

—Tantos que puedo permitirme elegir. Este es un país complicado, cariño. Cuanto más compleja se hace la sociedad, más sistemas semilegales de robo aparecen. A veces algún antiguo cliente le sugiere mi nombre a alguien. Y si coges una pila de periódicos y los lees atentamente, entre líneas puedes localizar a un orondo y sonriente Y y a un pobre X retorciéndose las manos desesperado. Me gusta perseguir a peces gordos. Tengo muchos gastos. Y puedo acabar comiéndome parte de mis ahorros para la jubilación. En lugar de poder retirarme a los sesenta, voy perdiendo fondos por el camino.

—¿Y si ahora mismo te saliese uno de esos trabajos?

—Cambiemos de tema, señorita McCall. ¿Por qué no te tomas unos días libres y así sacas de quicio a Frank, reuni-

mos a un grupito, montamos una pequeña fiesta en la barcaza y ponemos rumbo a Marathon? Digamos cuatro caballeros y seis damas. Nada de borrachos, nada de quejicas, nadie ya emparejado, nadie sexualmente ambiguo, nadie demasiado aficionado a las cámaras, nadie que se quemó con el sol, nadie que no sepa nadar, nadie que...

—Por favor, McGee. Estoy hablando en serio.

—Yo también.

—Hay una chica con la que quiero que hables. La contraté para la compañía hace un par de meses. Es un poco mayor que el resto de nosotras. Había bailado y ahora lo está retomando, la verdad es que tiene un buen nivel. Pero... creo que necesita ayuda. Y me parece que no tiene a nadie más a quien acudir. Se llama Cathy Kerr.

—Lo siento, Chook, pero ahora tengo suficiente ahorrado para varios meses. Trabajo mejor cuando me empiezo a poner nervioso con el dinero.

—Pero es que ella cree que hay un montón de pasta en ese asunto.

La miré fijamente y pregunté:

—¿Ella cree?

—Nunca lo ha llegado a ver.

—¿Perdona?

—La otra noche bebió un poco más de la cuenta y no paraba de llorar, y como yo siempre he sido cariñosa con ella, me lo contó todo. Pero sería mejor que te lo contase ella en persona.

—¿Cómo puede haber perdido algo que nunca ha visto?

Chook mostró esa sonrisa de pescador que ya ha lanzado el anzuelo.

—A mí me resulta demasiado complicado de explicar. Me acabaría haciendo un lío. ¿Puedes hacerme este favor, Travis? ¿Hablarás con ella?

Suspiré y dije:

—Tráela por aquí cuando quieras.

Se acercó con paso grácil, me cogió la muñeca y consultó el reloj. Su respiración ya se le había acompasado. Las mallas empapadas en sudor se le ceñían al cuerpo como una segunda piel. Me dedicó una sonrisa radiante y dijo:

—Ya sabía que te portarías como un caballero, Trav. Estará aquí en veinte minutos.

La miré fijamente y le dije:

—Eres una timadora nata, McCall.

Me dio una palmadita en la cabeza y respondió:

—Cathy es un encanto. Te gustará.

Volvió a colocarse en el centro del salón y puso otra vez en funcionamiento el metrónomo, repasó sus anotaciones y siguió ensayando, dando saltos y golpes en el suelo, lanzando leves gruñidos por el esfuerzo. Nunca te sientes en la primera fila para ver un espectáculo de danza.

Intenté volver a mis balizas de canales de paso y niveles de marea, pero ya había perdido por completo la concentración. No me quedaba más remedio que hablar con esa mujer. Pero desde luego no me iba a dejar engatusar para participar en algún proyecto sin pies ni cabeza. Ya tenía uno en el horizonte, a la espera de que llegara el momento oportuno. Y tenía suficientes distracciones. No necesitaba más. Me había parecido dolorosamente gracioso que Chook se hubiera preguntado de dónde salían mis proyectos. Ella era la prueba viviente de que surgían siempre donde menos me lo esperaba.

Puntualmente, a las nueve sonó la campanilla que había conectado con un cable al botón del pilote del muelle. Si alguien hiciese caso omiso de la campanilla, saltase por encima de la cadena y cruzase el pantalán, en el momento en que pisase la gruesa alfombrilla trenzada de la cubierta de popa se oiría un amenazador y estruendoso sonido metálico que pondría en marcha inmediatamente varias medidas de protección. No soporto las sorpresas. Ya he tenido que aguantar suficientes. Me alteran. La eliminación de todos

los riesgos potenciales es el modo más seguro de continuar vivo.

Encendí las luces de popa y salí por la puerta trasera de la sala, mientras Chookie McCall resollaba a mis espaldas.

Recorrí el pantalán y retiré la cadena. La chica era rubia, con uno de esos cortes de pelo de escolar inglés, que hacía que sus enormes ojos te mirasen por debajo de los irregulares mechones que le caían por la frente. Se había arreglado para la ocasión: vestido negro, broche de perlas y un centelleante bolsito de mano.

Con la respiración entrecortada, Chook hizo las presentaciones y pasamos dentro. Pude comprobar lo que significaba mayor según el criterio de Chook. Tendría unos veintiséis o veintisiete años. Una rubia de ojos castaños, con la mirada indefensa y tristonza de un *basset*. Se le marcaban algunas arrugas alrededor de los ojos. Bajo la luz de la sala vi que el vestido negro tenía mucho trote. Sus manos parecían un poco ásperas. Bajo la falda ligeramente abombada del vestido negro asomaban las inconfundibles piernas de una bailarina: curvadas, esbeltas y musculadas.

—Cathy —dijo Chookie—, adelante, cuéntaselo todo al señor Travis McGee, tal como me lo explicaste a mí. Yo ya he terminado, de modo que os dejaré solos y me iré a dar un baño, si te parece bien, Trav.

—Por supuesto, date un baño.

Me dio un golpecito detrás de la oreja, se metió en el camarote principal y cerró la puerta tras ella.

Yo notaba que Catherine Kerr estaba muy tensa. Le pregunté si quería beber algo. Aceptó agradecida un *bourbon* con hielo.

—No sé qué va a poder hacer usted —dijo—. Tal vez todo esto sea una tontería. No sé qué podría hacer nadie.

—Tal vez nadie pueda hacer nada, Cathy. Demos por hecho que no tiene remedio y a partir de ahí veremos.

—Una noche bebí más de la cuenta después del último espectáculo y se lo conté a ella, y creo que no debería ha-

bérselo contado a nadie.

Detecté en su voz suave y nasal cierta presencia de ese particular acento ligeramente cantarín que tiene la gente de los cayos.

—Estoy casada, bueno, más o menos —dijo con tono desafiante—. Mi marido se largó hace tres años y no he vuelto a saber nada de él. Tengo un hijo de cinco años, del que se ha hecho cargo mi hermana, en su casa de Cayo Candle. Por eso estoy montando todo este lío, no por mí sino por el chico, Davie. Por un hijo haces cualquier cosa. Quizá me haya hecho demasiadas ilusiones. No lo sé, la verdad.

Hay que dejarles hablar para que te cuenten las cosas a su manera.

Dio un sorbo a su *bourbon*, dejó escapar un suspiro y se encogió de hombros.

—Todo sucedió cuando yo tenía nueve años. Fue en 1945. Cuando mi padre volvió de la guerra. El sargento David Berry. Ese es mi apellido de soltera, Catherine Berry. Le puse su nombre a mi hijo, pese a que mi padre llevaba ya una larga temporada en prisión cuando nació el niño. Lo que creo que pasó fue que mi padre encontró el modo de ganar dinero mientras estuvo fuera del país durante la segunda guerra mundial. Diría que mucho dinero. Y encontró la manera de traérselo de vuelta a casa. No sé cómo. Estuvo destinado en India y Birmania. Estuvo fuera dos años. Bebía, señor McGee, y era un hombre fornido y violento. Volvió en un barco y desembarcó en San Francisco. Lo iban a destinar a no sé qué sitio de Florida para desmovilizarlo y después volvería a casa. Pero en San Francisco se emborrachó y mató a otro militar, y como pensó que lo encerrarían y no volvería a vernos, decidió darse a la fuga. Llegó hasta casa. Huir de ese modo no le benefició en nada en el juicio. Lo juzgó un tribunal militar, como correspondía. Llegó a casa en plena noche, y cuando nos despertamos nos lo encontramos en el muelle, contemplando el agua. Ese día ha-

bía niebla. Le contó a mi madre lo que había sucedido. Dijo que vendrían a detenerlo. Nunca he visto a una mujer llorar de ese modo, ni antes ni después. Vinieron y lo detuvieron, tal como nos había anunciado, y lo enviaron a cumplir cadena perpetua en Leavenworth, Kansas. Había matado a un oficial. Mi madre se fue hasta allí en autobús para visitarlo esa Navidad, e hizo lo mismo cada Navidad hasta que él murió hace un par de años. Cuando teníamos dinero suficiente, le acompañábamos yo o mi hermana. Yo fui dos veces. Mi hermana, tres.

Se sumió en sus ensoñaciones y recuerdos. Pasado un rato se sobresaltó, me miró y dijo:

—Lo siento. Por cómo había sucedido todo, él siempre creyó que tarde o temprano lo soltarían. Y supongo que lo hubieran hecho, pero siempre surgía algún problema de última hora. No era un hombre capaz de adaptarse a la vida en la cárcel, como otros saben hacer. Él era un hombre muy orgulloso, señor McGee. Pero ahora viene lo que tengo que contarle. Antes de que vinieran a detenerlo, yo tenía nueve años y mi hermana, siete. Él se sentó en el porche, nos abrazó y nos contó las cosas maravillosas que sucederían cuando lo soltasen. Tendríamos nuestras propias barcas y nuestros propios caballos. Viajaríamos por todo el mundo. Tendríamos bonitos vestidos para cada día del año. Siempre recordaré ese momento. De mayor se lo recordé a mi madre. Pensé que le divertiría. Pero se puso muy seria. Me dijo que no debía comentárselo nunca a nadie. Me dijo que mi padre resolvería las cosas a su manera y algún día todo iría sobre ruedas. Pero evidentemente no fue así. El año pasado nos visitó un hombre que dijo llamarse Junior Allen, un hombre que siempre sonreía. Nos dijo que había pasado cinco largos años en aquella prisión y que conocía bien a mi padre. Y sabía cosas sobre nosotras que solo podía saber si mi padre se las había contado. De modo que nos alegramos de recibirlo. Nos dijo que no tenía familia. Era un hombre pecoso y con una sonrisa permanente en los

labios, siempre dispuesto a conversar y mañoso para arreglar cosas. Se quedó a vivir con nosotras y consiguió un trabajo en la gasolinera de la Esso; el dinero que ganaba fue muy bienvenido. Mi madre en aquella época enfermó, aunque no tanto como para no poder cuidar de los niños durante el día, mientras Christine, mi hermana, y yo estábamos trabajando. Los dos hijos de ella y el mío, Davie, tres niños pequeños. Las cosas habrían ido mejor si Junior Allen hubiera mostrado interés por Christine, cuyo marido había muerto a causa del huracán del sesenta y uno, cuando le cayó encima el muro de contención del Suprex de Cayo Candle. Se llamaba Jaimie Hasson. Siempre hemos tenido mala suerte con los hombres. —Intentó sonreír.

—Las desgracias nunca vienen solas.

—Dios sabe que así es. Resultó que quien le gustaba a Junior Allen era yo. Cuando iniciamos una relación, mi madre ya estaba demasiado enferma como para preocuparse. A medida que la enfermedad se agravaba, pareció irse encerrando progresivamente en sí misma, como hacen algunas personas, y apenas se enteraba de nada de lo que sucedía a su alrededor. Christine sí sabía lo que había entre nosotros dos, y me hizo saber que le parecía mal. Pero Junior dijo que por el modo como Wally Kerr se había largado y me había abandonado, era como si yo estuviese divorciada. Me dijo que ni siquiera podía pedir el divorcio hasta que hubieran pasado siete años sin tener noticias de Wally. Después me enteré de que me había mentado.

»Viví con Junior Allen como si fuésemos marido y mujer, señor McGee, le amaba. Cuando murió mi madre agradecí tenerlo a mi lado. Sucedió poco antes de Navidad. Estaba limpiando verduras y de pronto se inclinó sobre el fregadero, emitió un leve ronroneo como de gato y cayó desplomada, muerta. Christine dejó su trabajo, porque alguien tenía que quedarse con los niños, pero con lo que ganábamos Junior Allen y yo teníamos suficiente dinero para ir tirando. Sin embargo, hubo siempre algo extraño durante

todo el tiempo que él estuvo con nosotras. Pensé que se debía a la amistad que había mantenido con mi padre en la cárcel. Le gustaba hablar... sobre papá. Nunca dejaba de preguntar cosas sobre él, sobre qué le gustaba hacer y a qué sitios le gustaba ir, casi como si pretendiese vivir la misma vida que había vivido papá antes de la guerra, cuando yo tenía la edad que ahora tiene Davie. Y recuerdo otras cosas que entonces no me parecieron tan raras como me lo parecen ahora. Yo recordaba la cabaña de pesca que había construido mi padre en un islote sin nombre y se lo conté a Junior Allen, y en cuanto tuvo un día libre cogió el esquife, desapareció durante toda la jornada y volvió molido y malhumorado. Pequeñas cosas como esta. Ahora sé que había salido a rastrear, señor McGee. Rastreaba la pista de lo que fuese que mi padre había escondido, lo que fuese que hubiera traído de regreso de la guerra y que nos iba a permitir a nosotras comprarnos todos esos vestidos y caballos, viajar alrededor del mundo. Sirviéndose de variopintas excusas, Junior Allen se las arregló para cavar por todo el jardín. Un día nos despertamos y había desaparecido. Eso fue a finales del pasado febrero y las dos columnas que marcaban el inicio del viejo camino de acceso a nuestra casa aparecieron arrancadas. Mi padre las había construido hacía mucho tiempo con rocas coquinas demasiado grandes y fastuosas para un camino tan modesto, pero eran muy sólidas. Junior Allen las derribó y se largó, y entre los cascotes de una de ellas dejó algo que al principio no supe qué era. Una especie de costra de óxido y retales de tela descompuesta que tal vez en algún momento había sido del color caqui de los uniformes; un trozo de alambre, como un enorme clip; una pequeña cadena completamente oxidada, y algo que tiempo atrás había podido ser algún tipo de remate de algo.

»Se había llevado sus cosas, así que, otra vez, había sucedido lo mismo que con Wally Kerr. No tenía sentido intentar encontrarlo. Pero reapareció tres semanas después,

en Cayo Candle. No para hacerme una visita a mí. Vino para ver a la señora Atkinson; una mujer muy guapa, es dueña de una de las grandes casas nuevas de la zona y supongo que él la conoció cuando trabajaba en la gasolinera de la Esso y le llenaba el depósito del Thunderbird. Me contaron que Junior Allen se alojaba en casa de la señora Atkinson y que apareció vistiendo ropa cara y con su propio barco, y se instaló a vivir con ella. La gente que me lo contaba se quedaba mirándome para ver qué decía o cómo reaccionaba. Al cuarto día de rondar por aquí, me lo crucé en la ciudad. Intenté hablarle, pero se dio la vuelta y se largó corriendo en dirección contraria, y yo perdí toda la dignidad que me quedaba y me puse a perseguirlo. Se metió en el coche de ella, aunque ella no estaba dentro, y se puso a rebuscar en sus bolsillos y maldecir porque no encontraba la llave, y la mueca de su cara era horrible. Yo había roto a llorar y le preguntaba por qué me hacía eso. Me llamó zorra, me dijo que me volviera a los pantanos de donde procedía y me quedase allí para siempre, y se alejó con un acelerón. Varias personas fueron testigos de la escena y nos escucharon, les dimos un buen tema para chismorrear. Su barco estaba fondeado allí mismo, un yate enorme registrado a su nombre y totalmente suyo, amarrado en el muelle de la señora Atkinson; ella cerró la casa y ambos se marcharon a bordo del yate. Ahora sé que ella vivía austeramente y no podía comprarle un barco como ese. Y también sé que, cuando vivía con nosotras, Junior no tenía ni un dólar para ahorrar. Pero buscó y buscó y buscó hasta que encontró algo y se largó, y después volvió con un montón de dinero. Pero no veo qué se podría hacer al respecto. Chookie me dijo que se lo contase, así que se lo he contado. No sé dónde está Junior Allen ahora, no sé si la señora Atkinson lo sabe, si es que no está todavía con él por ahí. Y si alguien lograra encontrarlo, ¿qué se podría hacer?

—¿Su barco tenía nombre y matrícula?

—Se llamaba *Play Pen* y estaba matriculado en Miami. No era un barco nuevo, pero el nombre sí era nuevo. Le mostró los papeles a un par de personas para demostrar que era suyo. Diría que era una embarcación restaurada, de doce metros de eslora, costados blancos y casco gris con una franja azul.

—Y entonces tú te marchaste de Cayo Candle.

—No mucho después. No teníamos dinero suficiente con solo una de nosotras trabajando. Cuando era pequeña una turista me vio bailando sola y se ofreció a darme clases de baile gratis cada invierno cuando se instalaba aquí durante varios meses. Antes de casarme, durante dos años me gané la vida bailando en Miami. De modo que decidí volver a hacerlo y ahora gano lo suficiente para enviarle una parte a Christine para que pueda salir adelante. De todos modos, no quería seguir más tiempo en Cayo Candle.

La chica me lanzó una mirada pesarosa con sus ojos castaños, se había puesto su mejor vestido para venir a verme. El mundo había hecho todo lo posible por someterla y humillarla, pero todavía asomaba su espíritu indomable. Me di cuenta de que a estas alturas yo ya detestaba de un modo irracional a Junior Allen, el hombre sonriente. Y no funciono demasiado bien cuando me dejo arrastrar por motivaciones emocionales. Recelo de ellas. Igual que recelo de otras muchas cosas, como las tarjetas de crédito, las deducciones de la nómina, los seguros, las rentas para la jubilación, las cuentas corrientes, los cupones de ahorro, los relojes, los periódicos, las hipotecas, los sermones, los tejidos milagrosos, los desodorantes, las listas de cosas pendientes, los créditos, los partidos políticos, las bibliotecas, la televisión, las actrices, las cámaras de comercio para jóvenes empresarios, los desfiles, el progreso y la predestinación.

Recelo del deprimente callejón sin salida que hemos montado y convertido en una resplandeciente estructura tan alta y pesada que no nos deja ver nada más que los resplandores y las toscas rutinas que la mantienen en pie.